

R. O. JONES

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

SIGLO DE ORO: PROSA Y POESÍA
(Siglos XVI y XVII)

EDICIÓN REVISADA POR
PEDRO M. CÁTEDRA



EDITORIAL ARIEL, S. A.
BARCELONA



Letras e Ideas

Colección dirigida por
FRANCISCO RICO

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA
Nueva edición

1. A. D. DEYERMOND
LA EDAD MEDIA
2. R. O. JONES
SIGLO DE ORO: PROSA Y POESÍA
Revisado por Pedro-Manuel Cátedra
3. EDWARD M. WILSON y DUNCAN MOIR
SIGLO DE ORO: TEATRO
4. NIGEL GLENDINNING
EL SIGLO XVIII
5. DONALD L. SHAW
EL SIGLO XIX
- 6/1. GERALD G. BROWN
EL SIGLO XX. DEL 98 A LA GUERRA CIVIL
Revisado por José-Carlos Mainer
- 6/2. SANTOS SANZ VILLANUEVA
EL SIGLO XX. LA LITERATURA ACTUAL

Título original:
A LITERARY HISTORY OF SPAIN
The Golden Age: Prose and Poetry
The Sixteenth and Seventeenth Centuries
Ernest Benn Ltd., Londres

Traducción de
EDUARDO VÁZQUEZ

Cubierta: Neslé Soulé

1.^a edición: mayo 1974
(Al cuidado de José-Carlos Mainer)
8.^a edición, con Notas adicionales
por Pedro M. Cátedra: septiembre 1983
9.^a edición: marzo 1985
10.^a edición: septiembre 1989
11.^a edición: julio 1992
12.^a edición: abril 1996
13.^a edición: febrero 1998
14.^a edición: enero 2000

© 1971: R. O. Jones
© 1985: Herederos de R. O. Jones

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 1974 y 2000: Editorial Ariel, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-8326-2 (obra completa)
84-344-8366-1 (tomo 2)

Depósito legal: B. 80 - 2000

Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

ÍNDICE

Nota a la edición revisada	5
Advertencia preliminar	9
Abreviaturas	13
Prefacio	15
1. El Renacimiento en España: ideas y actitudes	17
2. El Renacimiento en España: la reforma de la poesía	55
3. Prosa novelesca en el siglo xvi	86
4. La literatura y la Contrarreforma	123
5. La poesía del siglo xvi después de Garcilaso	142
6. La novela picaresca	185
7. La poesía en el siglo xvii	213
8. Cervantes y la ficción novelesca posterior	251
9. Moralistas y satíricos	279
Notas adicionales (1983)	307
Bibliografía	313
Índice alfabético	331

Capítulo 1

EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA: IDEAS Y ACTITUDES

Tanto en literatura como en las demás artes, los siglos XVI y XVII son acertadamente conocidos como los Siglos de Oro españoles. ¿Cómo era la España, cabría preguntarse, que produjo aquellos siglos de tan extraordinario esplendor artístico?

A comienzos del siglo XVI, España acababa de ser, por fin, unificada: unificada políticamente por el matrimonio de Isabel I de Castilla con Fernando V de Aragón y también por la conquista de Granada, el último reino islámico de España, en 1492; unificada en la religión, por la opción de conversión o exilio impuesta a los judíos en 1492 y a los musulmanes en 1502, con una Inquisición que vigilaba los casos de apostasía y otras manifestaciones de heterodoxia. Fernando e Isabel, los Reyes Católicos (título concedido por el papa Alejandro VI en 1494), habían traído el orden a España después de un largo período de rebeliones y guerras civiles. Y no sólo eso: la unión de sus reinos creó lo que sin duda constituía la mayor potencia de Europa, ahora en condiciones de ejercer su influencia, y aumentar y extender su cultura. Como Antonio de Nebrija escribió en 1492: "no queda ya otra cosa sino que florezcan las artes de la paz".

Con la muerte de Isabel en 1504, subió al trono su hija Juana, casada con el archiduque Felipe el Hermoso, heredero del emperador Maximiliano. Juana, que ya había dado muestras de insania, enloqueció a la muerte de Felipe en 1506, y la suce-

sión pasó a su hijo Carlos que contaba entonces seis años de edad y que, después de la muerte de Fernando (que había gobernado como regente), se convirtió en Carlos I de los reinos de España. En 1519 había de ser elegido Emperador del Sacro Imperio con el nombre de Carlos V. Con su advenimiento al trono y posterior elección, España se vio irrevocablemente inmersa en un compromiso con Europa de importantes consecuencias para aquélla en los dos siglos siguientes.

Granada se rindió ante los ejércitos de Fernando e Isabel en 1492 y, en octubre de aquel mismo año, Colón llegaba por primera vez a América. Para él las tierras encontradas eran las Indias y el nombre sobrevivió a la certeza de su error. El descubrimiento del Nuevo Mundo fue el suceso más importante de todo el período renacentista ("el hito más importante desde la Creación del mundo", diría el historiador español Francisco López de Gómara en 1552), pero el efecto de éste en España no fue inmediato. Por lo que podemos deducir de los testimonios literarios, la imaginación no se despertó enseguida al conjuro de las nuevas tierras, y al principio parece ser que se puso más interés en el oro que trajo Colón a su regreso.* No puede negarse que la sed del precioso metal fue una de las principales fuerzas que animaron a los conquistadores. Los primeros viajes fueron sobre todo de exploración y la conquista propiamente dicha no empezó hasta 1519 con el derrocamiento del imperio azteca de México por Cortés. Las energías y aspiraciones nacidas en siete siglos de reconquista de España se dirigían ahora a un nuevo continente, y, a pesar de las demasiado frecuentes crueldades de los españoles y de la destrucción de las culturas que encontraron, es difícil no sentir cierta admiración al menos por el heroísmo y entusiasmo de aquellos hombres; si bien es cierto que los españoles hicieron atrocidades, no puede por menos que respetarse la vasta empresa de España en la legislación y administración de su nuevo imperio. Se cometieron crímenes y errores, pero también hubo intentos de proteger a los pueblos recién descubiertos de la explotación y la injusticia. La figura más sobresaliente de esta campaña en favor de la justicia fue el dominico fray Bar-

tolomé de las Casas (1474-1566) que luchó incansablemente por los derechos de los indios, instando a que se renunciase a la violencia, la esclavitud y la conversión forzosa al cristianismo. A pesar de los intentos nacionalistas de denigrarlo, su obra ha quedado como monumento al aspecto más noble de la colonización española. Los principios del padre Las Casas tomaron cuerpo en las famosas conferencias *De indis* que Vitoria pronunció en Salamanca en 1539, de las cuales nació la concepción moderna del derecho internacional. No obstante, Las Casas encontró un decidido oponente en el erudito clásico Juan Ginés de Sepúlveda (¿1490?-1573) quien invocó la autoridad de Aristóteles para apoyar su tesis de que se había de considerar a los indios como esclavos naturales y, por tanto, podían ser legítimamente conquistados y sometidos por los españoles, miembros de una civilización superior. En 1549, el Consejo de las Indias recomendó al rey que se expusiera el caso ante un tribunal de teólogos y juristas y, a raíz de ello, se convocó un concilio en Valladolid en 1550 para oír el debate entre Las Casas y Sepúlveda. Más aún, el Emperador ordenó que cesaran todas las conquistas en el Nuevo Mundo hasta que se decidiera cuál era el modo más justo de llevarlas a cabo. "Probablemente nunca, ni antes ni después, un poderoso emperador —y en 1550 Carlos V, Emperador del Sacro Imperio, era el gobernante más poderoso de Europa y poseía además un grandioso imperio en ultramar— ordenó que sus conquistas cesaran hasta que se decidiera si eran justas"¹. Desgraciadamente el concilio se disolvió sin llegar a ninguna decisión y la controversia continuó. La legislación futura, no obstante, había de encaminarse en la dirección de los principios mantenidos por Las Casas. La conquista no estuvo interrumpida mucho tiempo.

España influyó decisivamente en la vida de sus dominios americanos. América, por su parte, iba a tener un inminente efecto en el destino de España. En primer lugar, España pudo mantener guerras casi continuas en el siglo XVI gracias a la ascendente

1. L. Hanke, *Aristotle and the American Indians*, Londres, 1959, pág. 57.*

marea de importaciones de plata americana, aunque estas mismas importaciones, debido a la inflación que acarrearón, contribuyeran a la inestabilidad económica de España. Las importaciones eran de todos modos cada vez más inadecuadas para financiar la política exterior de España (el tesoro real hizo bancarrota tres veces durante el reinado de Felipe II: en 1557, 1575 y 1597) y hasta comenzaron a disminuir desde comienzos del siglo XVII. La inflación y los altos impuestos no constituían un clima muy propicio para el comercio, por lo que el comercio español, incluido el cada vez más importante que se hacía con América, fue pasando progresivamente a manos extranjeras. La industria española, activa y emprendedora en la primera mitad del siglo XVI, quedó con el tiempo frenada por los altos precios interiores y su comercio de exportación completamente debilitado. La agricultura no sufrió menos; en parte porque, debido a las presiones de la Mesta (la todopoderosa corporación de ganaderos), la legislación favorecía al ganado en perjuicio de los sembrados y, en parte, porque las pesadas cargas de los impuestos empujaron a muchos campesinos a abandonar sus tierras para ir en busca de una vida mejor en otra parte. La despoblación del campo fue uno de los más graves problemas del siglo XVI.

No es necesario decir que España era un país profundamente religioso, pero algunas de las formas en que la religión informó la vida española deben por lo menos ser mencionadas. Las alternativas de conversión o expulsión con que se enfrentaban judíos y musulmanes indujeron a emigrar a millares de personas útiles por sus conocimientos o su capacidad laboral, pero también dejaron a España con una considerable población de conversos nominales, muchos de ellos indiferentes, algunos hostiles, a la Iglesia cristiana. La Inquisición vigilaba celosamente y muchos cristianos nuevos (o "conversos") sufrieron la muerte, dolores o vejaciones a sus manos; muchos más debieron sufrir silenciosas agonías por miedo a levantar sospechas. La presencia de estos cristianos nuevos tuvo un efecto subterráneo pero cuantioso en el conjunto de la sociedad. A los conversos les estaban vedados ciertos honores, cargos y profesiones, y, de cualquier modo, el

ser conocido como tal era, en sí mismo, algo vergonzoso. Muchos, por tanto, escondían su origen, y así se daba el caso de que muchas familias, aparentemente de cristianos viejos, trataban de ocultar su pasado. La cuestión de la "limpieza de sangre" se convirtió en estas circunstancias en una fuente de secreta ansiedad que llegó a adquirir dimensiones de neurosis nacional, que sólo algunas mentes privilegiadas fueron capaces de superar. La obsesión nacional del honor —el afán y la susceptibilidad agresiva en lo concerniente a la estima social— lo atribuye Américo Castro a esta inseguridad colectiva, aunque sus tesis deben ser consideradas teniendo presente que los españoles no eran tan sustancialmente diferentes de otros europeos que no padecían esta ansiedad por la "limpieza de sangre"².

La sociedad española de comienzos del siglo xvi estaba dominada por la aristocracia y así permaneció por todo el espacio de esta época. Aunque Fernando e Isabel sometieron la levantisca independencia de los nobles revoltosos de sus días, y aunque bajo Carlos V y Felipe II los influyentes administradores y secretarios de la Corona eran plebeyos, la nobleza continuó siendo la clase dominante. La aristocracia era inmensamente rica (en cuanto terrateniente, se puede decir que era la dueña de España) y su poder económico no se veía seriamente amenazado por la burguesía, cuyo poder se encontraba minado en el siglo xvi y luego fue ahogado por el desastre económico general en el siglo xvii. El dominio de la aristocracia dejó su impronta en las formas e ideales del conjunto de la sociedad. Se consideraba que la nobleza era incompatible con el trabajo o el comercio, y el desprecio por estas actividades (asistido por el miedo a que se pusiera en duda la limpieza de sangre de los que las practicasen) desempeñaron un desafortunado e incalculable papel en la España de los Siglos de Oro. La aspiración a ser noble o ser considerado como tal se convirtió en una manía nacional, y el fenómeno fue especialmente agudo en Castilla, donde el espíritu

2. Américo Castro, *De la edad conflictiva*, 2.^a ed., Madrid, 1963. Véase una crítica de la tesis de Castro por A. A. Parker en *Renaissance Quarterly*, 1968:7

mercantil encontró terreno menos propicio para desarrollarse. Era una España nutrida de ideales aristocráticos la que se entregó entusiasmada a la política guerrera de Carlos V y Felipe II. Los españoles no fueron a América a trabajar en la tierra o en las minas —eso quedaba para los indios—: fueron a vivir como hidalgos en la tierra que pudieran conseguir. La literatura profana reflejaba en su mayor parte los ideales y la conducta aristocráticos. Los protagonistas ejemplares de la novela y del teatro eran normalmente hidalgos (excepto cuando se presentaban labradores idealizados —como en el teatro del siglo XVII— como ejemplo de una humildad modesta aunque independiente). Cuando los que ocupan el papel principal son miembros de otras clases, distan mucho de ser ejemplares, como ocurre en la novela picaresca. Los lectores humildes evidentemente se contentaban con disfrutar en un ser de ficción la vida de una aristocracia idealizada, y seguramente se identificaban con ella. El carácter aristocrático de España fue especialmente notorio en el siglo XVII cuando la nobleza de sangre, que ha servido lealmente a la Corona durante el siglo XVI, alcanzó puestos de poder gubernamental gracias a que el débil Felipe III y sus sucesores, más débiles todavía, pusieron el gobierno en manos de sus validos.*

Tal como ocurría desde tiempo inmemorial, los extremos de la fortuna y la pobreza eran inmensamente distantes: en este sentido los Siglos de Oro fueron una época de esplendor y de miseria. La lucha de clases no estaba ausente: tuvo un papel importante en la revuelta de los Comuneros (1520-1521) y, más abiertamente, en la revuelta simultánea de las Germanías valencianas; pero, desde entonces y hasta que las crisis económicas del siglo XVII (como las sufridas hacia 1648 en Inglaterra —Cronwell—, Francia —Frondas— y Rusia, que en España tuvieron como escenario Portugal, Cataluña, Andalucía, Aragón y la posesión de Nápoles) exacerbaban las antiguas fricciones, España, en comparación con otros países europeos, disfrutó de una notable cohesión. No cabe duda de que la religión desempeñó un importante papel en este fenómeno: bajo la vigilancia de la Inquisición, España no conoció, sino moderadamente, la disensión

religiosa (y, lo que es quizás igualmente importante, la discordia social no pudo llevar el disfraz de la disensión religiosa). La española era una sociedad cuyos miembros eran capaces de realizar asombrosas hazañas de sacrificio y tesón en la guerra, las exploraciones y la defensa de su fe, pero se preocupaban por la honra con un empeño que los extranjeros, e incluso algunos españoles, encontraban perverso. Como el resto de Europa, era una sociedad en que la mayoría de sus componentes estaban familiarizados con las privaciones. El hambre era frecuente, más de lo que dicen los libros de historia. En un poema malo, pero estremecedor, Juan del Encina describió cómo el hambre de Andalucía en 1521 llevó a algunos al canibalismo:

Y en Niebla con hambre pura
otra madre a un hijo muerto
también sacó la asadura
y en sí la dio sepultura,
que diz que la comió cierto.
¡O cosa de gran mancilla,
horrible de gran mancilla,
de gran compasión y duelo,
que se me eneriza el pelo
en contalla y en oílla!³

El hambre diezmaba a los pobres, pero ni siquiera los ricos eran inmunes a las pestes que periódicamente assolaban el país. La violencia incrementaba los peligros de la vida cotidiana. Eran frecuentes las venganzas y peleas sangrientas por cuestiones de honor: los hidalgos no llevaban la espada como adorno. En el mar los corsarios se sumaban a los peligros de la naturaleza y sus ataques amenazaban constantemente la vida de los que vivían en las poblaciones costeras. Probablemente la precariedad de la vida forjó temperamentos compuestos de sentimentalidad a flor de piel y resignación, y los españoles de los Siglos de Oro conocieron mayores extremos de euforia y abatimiento que la mayoría de los lectores modernos de su literatura.

3. Cf. R. O. Jones, «An Encina Manuscript», *BHS*, 1961, págs. 229-237.

El Renacimiento no se puede definir en rigor de modo que permita trazar una frontera precisa entre éste y la Edad Media. Este hecho es especialmente cierto en lo referente a España, cuyo Renacimiento, aunque recibía su impulso de Italia, adquirió un carácter propio en el que se mezclaban elementos nuevos y medievales. En vez de intentar una inútil definición, parece más acertado describir las innovaciones e impulsos cambiantes de los Siglos de Oro y dejar que el renacimiento se defina a sí mismo como la suma de esos cambios. También rehuiremos una división claramente diferenciada entre "Renacimiento" y "Barroco", segmentos ambos de un arco que une lo que conocemos como la Edad Media y el mundo moderno.

Aunque haya algunos rasgos imprecisos en su caracterización, el Renacimiento europeo era esencialmente una revitalización general del interés por la civilización clásica. El humanismo, el estudio de los autores clásicos, no fue, empero, un movimiento antagónico al cristianismo (aunque hubiera algunas excepciones). El ideal que animaba generalmente a la Europa renacentista era un deseo de sintetizar lo mejor del pensamiento clásico con el cristianismo.

En realidad puede decirse que el Renacimiento fue en algunos aspectos un renacimiento cristiano. Del mismo modo que en la literatura profana los humanistas pretendían saltar por encima de la barrera de los siglos para volver a fuentes más puras de saber e inspiración, en el siglo xv aparecieron movimientos religiosos e innovadores paralelos. Muchos cristianos, cada vez menos satisfechos con el cristianismo institucionalizado de la Iglesia oficial, sintieron la nostalgia del credo de doctrina más simple y más sinceramente sentido de los primeros cristianos. De ahí nació no sólo la reforma sino también un movimiento más generalizado aunque menos radical (como fue el caso de España) de renovación y reforma religiosas.

En el siglo xv España había disfrutado en algunos aspectos de una relación bastante íntima con Italia. Alfonso V de Aragón había conquistado Nápoles en 1443 y decidió vivir en su nuevo reino. Aunque la dinastía se dividió a la muerte de Alfonso y

una rama de ésta se quedó con el reino de Aragón y la otra con el de Nápoles, el contacto se mantuvo. En cualquier caso, el comercio entre Cataluña e Italia establecía y mantenía las relaciones de ambas. Algo de la influencia cultural italiana entró en la península Ibérica por esta ruta (aunque menos de lo que se supone comúnmente ⁴). Los castellanos también iban descubriendo por sí mismos la cultura italiana, aunque, claro está, el descubrimiento estaba reservado a unos pocos. Las más importantes influencias culturales continuaron llegando a España de Francia, Borgoña y Flandes. Había fuerzas económicas que aseguraban el predominio del norte; por ejemplo, el comercio de la lana constituía un lazo entre Castilla y los Países Bajos. Para la recepción total del Renacimiento en España tenemos que esperar a la generación de Garcilaso de la Vega, ya en el siglo XVI. Es quizá significativo el que precisamente en vida de Garcilaso, Fernán Pérez de Oliva (h. 1494-1531) escribiera su *Diálogo de la dignidad del hombre* (publicado por primera vez en Alcalá en 1546) que, aunque no contiene nada esencialmente nuevo y que no esté ya en Pico della Mirandola, ofrece una refrescante y optimista visión del hombre, que subraya sus posibilidades más que sus limitaciones, como si el autor hubiera intuido vagamente la visión más atractiva recogida por Pico en su *Oración sobre la dignidad del hombre*.

Bajo la influencia de Italia el humanismo empezó a echar hondas raíces en la España del siglo XV. La protección que Isabel la Católica dispensaba a las letras atrajo a algunos eruditos italianos a España, entre ellos a Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo, que enseñaron latín en la Corte (Marineo después de doce años, de 1484 a 1496, como profesor de la universidad de Salamanca). También hubo españoles que fueron a estudiar a Italia. Uno de ellos fue Elio Antonio de Nebrija, o Lebrixa (1444-1522), que estudió doce años en Italia y volvió a enseñar a Salamanca, donde fue profesor de 1476 a 1513 (con

4. Cf. Peter Russell, «Arms versus Letters: Towards a Definition of Spanish Fifteenth-Century Humanism», en *Aspects of the Renaissance. A Symposium*, ed. A. R. Lewis, Austin y Londres, 1967, págs. 47-58.*

un largo intervalo de cerca de veinte años), para pasar luego a la cátedra de Retórica de Alcalá. Nebrija se dedicó infatigablemente a la propagación del latín ("desarraigar la barbarie de los ombres de nuestra nación", como dice en el prólogo de su diccionario español-latín). A su gramática latina (*Introductiones latinae*; Salamanca, 1481) siguió el *Dictionarium latino-hispanicum* (Salamanca, 1492) que superaba con mucho al monumental *Universal vocabulario* de Alfonso de Palencia, aparecido sólo dos años antes. Nebrija no se dedicó únicamente al latín: después de la *Gramática sobre la lengua castellana* (Salamanca, 1492) escribió el diccionario español-latín, *Interpretación de las palabras castellanas en latín* (Salamanca, h. 1495). En la dedicatoria a la reina Isabel, Nebrija habla de la doble oportunidad de su gramática española (la primera de los idiomas europeos modernos): porque los nuevos súbditos de España querrán aprender la lengua de sus conquistadores, dado que el idioma sigue al poder ("siempre la lengua fue compañera del imperio"); y porque el castellano se hallaba en su cenit ("por estar ya nuestra lengua tanto en la cumbre, que más se puede temer el decendimiento della que esperar la subida"). No hay duda de que en estos párrafos se refleja el ambiente de confianza, rayana en la arrogancia, que imperaba en la Corte.*

Nebrija no estaba solo en esta obra educativa. Había otros excelentes latinistas, y también cundía el interés por el estudio del griego, que fue iniciado en España por el portugués Arias Barbosa, profesor de Salamanca desde 1480 aproximadamente y primer profesor de griego en la península. En el futuro no habían de faltar eruditos clásicos que continuaran la obra de estos hombres.

El auge del fervor europeo por la reforma religiosa favoreció, gracias a la persona del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, la causa de las letras en España. Cisneros no era sólo un reformador de abusos, sino que se entregó también vigorosamente a la reforma del clero español e incluso de las órdenes monásticas, a las que intentó hacer volver a una vida más ascética (con el éxito suficiente como para inducir a cuatrocientos frailes andalu-

ces a preferir el norte de África y la conversión al Islam antes que renunciar a sus concubinas). Pero el programa de Cisneros era positivo también. Comprendiendo muy bien que la reforma del clero llevaba pareja la reforma de la educación, fundó en 1498 una universidad en Alcalá de Henares (donde había existido un colegio desde el siglo XIII) destinada a ser un nuevo instrumento de la educación eclesiástica. La nueva universidad, que abrió sus puertas en 1508, no había sido creada para ser un centro humanístico, sino dedicado al estudio de la teología; pero las artes liberales, fuertemente representadas y necesarias como iniciación a los estudios teológicos y bíblicos, dieron un poderoso impulso al humanismo. Allí se crearon cátedras de griego y hebreo, y se invitó a destacados eruditos, entre los que se encontraba Nebrija, para que las ocuparan.

Los primeros frutos de la nueva universidad no tardaron en producirse. En 1517 se terminó la impresión de la gran Biblia Políglota (conocida como la Complutense, por el nombre latino de Alcalá), aunque su publicación no fue autorizada hasta 1520 y no estuvo en venta hasta 1522. Su inspirador era el mismo Cisneros, quien ya en 1502 había reunido un grupo de expertos estudiosos bíblicos en Alcalá con la intención de que la nueva Biblia, en hebreo, arameo, griego y latín, incorporara los últimos avances de la erudición y la crítica textual (aunque en algunos aspectos los criterios resultaran ser muy conservadores). El resultado constituye un monumento a la erudición española, a la nueva imprenta universitaria de Alcalá y a la energía y entusiasmo del propio Cisneros. La Biblia Complutense fue a su vez superada por otra empresa española, la Biblia Políglota de Amberes, publicada en 1569-1572 bajo la dirección de Benito Arias Montano (cuyos criterios textuales fueron entonces lo suficientemente radicales como para alarmar a las autoridades).

En 1517 Cisneros invitó a Erasmo a venir a España. Aunque Erasmo, reacio a hacer un largo viaje a un país que significaba poco para él, no fue nunca a España, estaba destinado a ejercer una profunda aunque corta influencia en ella, particularmente en y a través de la universidad de Alcalá. Erasmo, entonces en el

cenit de su fama europea, representaba un movimiento de reforma y renovación espiritual en el seno de la Iglesia Católica. Sus doctrinas no eran del todo originales, pero su incansable actividad como erudito y propagandista lo convirtieron en objeto de un interés peculiar: odio o admiración según los ambientes. En esencia, lo que Erasmo pretendía era la secularización del cristianismo. No todos los cristianos se contentaban ahora con obedecer ciegamente y observar las formas y el ceremonial de una religión cuyas doctrinas podían ser discutidas y enseñadas sólo por una minoría de clérigos iniciados. Erasmo dedicó su vida a despertar el espíritu de Cristo en los hombres llevándolos a sus palabras; y no sólo de Cristo sino también de san Pablo, que era para él el gran exponente de la verdadera esencia del cristianismo.

Las doctrinas de Erasmo —su insistencia en predicar una piedad interna en lugar del ceremonial y ritual externos, una familiarización personal con las escrituras; en instar a los cristianos a que vivieran en paz como miembros del cuerpo místico de Cristo— ejercieron cierta influencia entre los flamencos que rodeaban a Carlos V antes de su llegada a España, y entraron en ella bajo sus auspicios. Las ideas erasmistas también atraieron a muchos intelectuales españoles, sobre todo en la universidad de Alcalá, donde el erasmismo había de florecer en la década de 1520. Varias obras de Erasmo fueron reimprimadas en la imprenta de la universidad a partir de 1525. Ya habían comenzado las traducciones al español: *Querela pacis* había aparecido con el título de *Querella de la paz* en 1520 (Sevilla). En 1526 se publicó en Alcalá una traducción del *Enchiridion*⁵, y las traducciones de los *Colloquia* empezaron a ver la luz en la península en 1527.

El movimiento erasmista español había de encontrar su más fuerte bastión en Alcalá, pero la gran cantidad de traducciones (y reimpressiones) aparecidas es indicio de que el interés por Erasmo estaba más difundido. El erasmismo ejerció en realidad una sutil y extensa influencia en algunos aspectos de la vida religiosa

5. Existe una edición moderna de Dámaso Alonso, Madrid, 1932.

española. Dio cierto impulso al movimiento iluminista o "alumbrado", doctrina pietista nacida de la inquietud religiosa del siglo xv en Italia y Holanda, y una de las que ejercieron más significativa atracción sobre los conversos españoles, quienes sin duda veían en la devoción interior una forma religiosa bastante más adecuada que el ritual organizado de la Iglesia. A partir de 1523, la influencia de Erasmo es perceptible en los miembros más cultos del movimiento. El iluminismo había sido condenado por la Inquisición y su asociación con el erasmismo contribuyó a que este último fuera atacado a su vez. Las órdenes religiosas no dejaron pasar aquella ocasión, heridas como estaban por las sátiras antimonásticas de Erasmo, y, aunque el erasmismo tuvo muchos adeptos importantes en España (incluyendo al inquisidor general), el antagonismo resultó inevitable y, a medida que aumentaban el miedo a la herejía y la consiguiente suspicacia respecto a las ideas extranjeras, las obras de Erasmo eran objeto de ataques cada vez más duros. Durante los mismos años en que Erasmo gozaba de más popularidad en la península, se iba formando en ésta un movimiento de reacción tradicionalista. A partir de 1529 algunos erasmistas empezaron a caer en las redes de la Inquisición acusados no de erasmismo sino de iluminismo o luteranismo. El erasmismo empezó a decaer como fuerza liberal en una atmósfera cada vez menos propicia; más tarde las doctrinas de Erasmo fueron condenadas y sus libros más importantes incluidos en el Índice de libros prohibidos por la Inquisición en 1559. A partir de este momento se hace ya muy difícil percibir la influencia de Erasmo en el mundo cerrado de la España de la Contrarreforma.*

El pensamiento de uno de los más grandes humanistas españoles, Juan Luis Vives (1492-1540), acusa la influencia de Erasmo, pero Vives no contribuyó a la propagación de esta influencia en España dado que él mismo pasó la mayor parte de su vida en el extranjero. Su origen judío, recientemente descubierto, basta para explicar este hecho⁶. Otro erasmista español, Juan de Valdés

6. M. de la Pinta Llorente y J. M. de Palacio, *Procesos inquisitoriales contra la familia judía de Juan Luis Vives*, Madrid, 1964.

(¿1490?-1541), una de las figuras más atrayentes de su generación, prefirió también vivir fuera de España. En 1529 publicó anónimamente su *Diálogo de doctrina cristiana*, en el que fray Pedro de Alba, arzobispo de Granada, enseña el verdadero espíritu del cristianismo —en términos erasmistas— a Antonio, un cura ignorante y supersticioso, y a Eusebio, un monje. La obra —escrita en el estilo coloquial y elegante que volveremos a encontrar en el *Diálogo de la lengua* de este autor— respira el espíritu de Erasmo. La insistencia en la experiencia personal del poder liberador del amor y la fe significa para Valdés, como para Erasmo, que las formas exteriores de culto son innecesarias, pero el autor no se opone a las prácticas de la Iglesia y predica frente a la disensión la conformidad, siguiendo con ello el ideal erasmista para la cristiandad: *pax et unanimitas*. El libro fue denunciado a la Inquisición y, aunque aquél era todavía un período de relativa tolerancia y no hay razón para suponer que el autor hubiera sido procesado, Valdés juzgó más prudente no correr ningún riesgo. Pasó el resto de su vida en Italia, la mayor parte en Nápoles, donde se rodeó de un grupo de cristianos radicales de ideas similares a las suyas. Continuó escribiendo, aunque no para españoles, y de sus últimas obras ha quedado muy poco. Después de su muerte en 1541 su influencia perduró aún durante algún tiempo, pero entre las ortodoxias cada vez más duras del siglo XVI no había ya lugar para la piedad humana y libre que él profesó.

Alfonso, el hermano gemelo de Juan (¿1490?-1532), se sirvió del erasmismo para fines distintos en dos diálogos escritos para justificar a Carlos V, en cuya cancillería sirvió como secretario de cartas latinas. Los diálogos sólo se comprenden plenamente teniendo en cuenta su contexto histórico. Valdés intervino activamente en la campaña imperial de pacificación de Europa bajo la autoridad de Carlos V, que en la década de 1520 era considerado (y no sólo en España) como un instrumento de Dios destinado a traer una nueva era de paz. Las aspiraciones políticas se fundieron con las religiosas en una confusa esperanza de restaurar la unidad cristiana, de efectuar una reforma general de la Iglesia y de establecer la paz bajo el dominio de Carlos V. Esta

aspiración convenía muy bien al Emperador y la fomentó asiduamente su Cancillería, pero no era obra de la propaganda: procedía del fervor religioso de principios de siglo y probablemente tenía raíces profundas en las expectativas milenaristas latentes que habían surgido periódicamente en la Europa medieval. Fue así que se depositó una esperanza casi mesiánica en Carlos V (una esperanza que, hay que decirlo, Erasmo no compartía).

La derrota y prisión de Francisco I en Pavía en 1525 significó para muchos un paso adelante hacia aquella añorada paz universal. El saqueo de Roma en mayo de 1527 por el ejército imperial reunido para enfrentarse al papa Clemente VII produjo, por lo tanto, consternación y desaliento. ¿Era Carlos V en realidad el portador de la paz?

La postura de la Cancillería imperial a este respecto fue el considerar aquel hecho como un castigo divino caído sobre el belicoso representante de una Iglesia urgentemente necesitada de reforma; cosa que sin duda era sinceramente creída por muchos. Alfonso de Valdés hizo de ello el núcleo del *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, que se cree fue escrito en el verano de 1527 y circuló en manuscritos antes de ser impreso, probablemente en 1529. En él Valdés pone sus convicciones al servicio del Emperador.

Los interlocutores son Lactancio, un joven cortesano del séquito del Emperador, y un arcediano, viejo conocido suyo que acaba de llegar de Roma horrorizado por el saqueo de la ciudad, que él había presenciado. Lactancio se encarga de exonerar al Emperador y su razonamiento está repleto de ideas extraídas de varios libros de Erasmo. Tras acusar al Papa de haber lanzado a un país pacífico a los horrores de la guerra, Lactancio amplía su ataque denunciando a toda la Iglesia por su rapaz avidez de dinero —en el bautismo, en el matrimonio, en la confesión y hasta en la muerte— y ante la objeción del arcediano de que sin dinero no había Iglesia, Lactancio replica:

¿Como que no habría iglesias? Antes pienso yo que habría muchas más, pues habiendo muchos buenos cristianos, donde-

quiera que dos o tres estoviesen ayuntados en su nombre, sería una iglesia. Y allende desto, aunque los ruines no edificasen iglesias ni monesterios, ¿pensáis que faltarían buenos que lo hiciesen? Y veamos: este mundo, ¿qué es sino una muy hermosa iglesia, donde mora Dios? ¿Qué es el sol, sino una hacha encendida que alumbra a los ministros de la Iglesia? ¿Qué es la luna, qué son las estrellas, sino candelas que arden en esta iglesia de Dios? ¿Queréis otra iglesia? Vos mismo. ¿No dice el Apóstol: *Templum [enim] dei sanctum est, quod estis vos?* ¿Queréis candelas para que alumbren esta iglesia? Tenéis el espíritu, tenéis el entendimiento, tenéis la razón. ¿No os parece que son éstas gentiles candelas?⁷

(pág. 102)

Éste es el centro de las doctrinas de Erasmo: que la religión es cosa del espíritu. Lactancio hace hincapié en este punto: para él la profanación de iglesias no es nada si se compara con la profanación de los cuerpos humanos, templos del Espíritu Santo, en la guerra; y si se profanaron muchas reliquias, la mayoría de ellas eran al fin y al cabo falsas. Cita a continuación una larga lista de ejemplos risibles:

El prepucio de Nuestro Señor yo lo he visto en Roma y en Burgos, y también en Nuestra Señora de Anversia, y la cabeza de San Juan Bautista en Roma y en Amians de Francia [...] Pues de palo de la cruz dígoos de verdad que si todo lo que dicen que hay della en la cristiandad se juntase, bastaría para cargar una carreta. Dientes que mudaba Nuestro Señor cuando era niño pasan de quinientos los que hoy se muestran solamente en Francia. Pues leche de Nuestra Señora, cabellos de la Madalena, muelas de San Cristóbal, no tienen cuento.

(pág. 122)

La verdadera devoción reside en amar a Cristo y vivir según sus enseñanzas. Finalmente el arcediano, hombre razonable, se reconoce convencido por argumentos tan incontrastables.

7. Las mejores ediciones de los diálogos de Alfonso de Valdés son las de J. F. Montesinos en Clásicos Castellanos, 89 y 96; mis citas corresponden a la edición de 1946 de *Roma* y a la de 1947 de *Mercurio*.

No es sorprendente esto en cuanto ésta es una obra de inteligencia dialéctica poco usual, escrita con ingenio y soltura. Los argumentos se exponen con lucidez y lógica; su estilo es un modelo de claridad e incluso de elegancia: la elegancia del mejor castellano coloquial.

Después de que Inglaterra y Francia declararan la guerra a Carlos V, Valdés escribió en 1528-1529 un ataque de mayor envergadura contra los enemigos del Emperador en su *Diálogo de Mercurio y Carón*, de forma tomada de Luciano y Pontano pero original en lo más esencial. Carón se queja de que los tiempos son demasiado pacíficos para su gusto; Mercurio le tranquiliza: toda la Cristiandad está en armas, principalmente por culpa de los enemigos del Emperador. La descripción que hace Mercurio del estado en realidad tan poco cristiano de la Cristiandad se ve interrumpido periódicamente por la llegada de almas que han de ser transportadas por Carón. Con ello tiene Valdés ocasión de insistir en su sátira y en su punto de vista erasmista. La mayoría de las almas ignoran las verdaderas enseñanzas de Cristo; algunas se sorprenden al verse en camino de su condenación después de haber observado todo su vida los preceptos de la Iglesia. Sólo aparecen unas pocas almas verdaderamente cristianas: un ciudadano común, un rey, un obispo, una mujer casada, un fraile, etc., todos los cuales habían intentado vivir según las enseñanzas de Cristo, humildemente y con una piedad no ostentosa. La bondad razonable y no contenciosa que ensalza Valdés es precisamente el ideal descrito por su hermano Juan.

El segundo diálogo está escrito con la misma elegancia y soltura en el uso del lenguaje coloquial del primero. Erasmo ha sido bien estudiado: el estilo de Alfonso tiene la sencillez, sobriedad y claridad del de su maestro. *Mercurio y Carón* parece inspirar más admiración que el otro diálogo, pero éste, no obstante, tiene más viveza. Los razonamientos y el estilo polémico de Lactancio son más vívidos, y toda la obra en general muestra más claramente el calor de los sentimientos del autor.

Erasmo no escribió para entretener sino para instruir y, de hecho, parece ser que su interés por la literatura profana fue es-

caso; su espíritu un tanto puritano se advierte en la actitud hacia este tipo de literatura que mantenían sus seguidores. La postura más extrema a este respecto fue la de Vives, quien en varias obras —por ejemplo *De institutione feminae christianae*, *De disciplinis*, *De ratione dicendi*— ataca gran número de libros de temas profanos por su falsedad e inmoralidad, incluyendo (por mencionar sólo la literatura española) el *Amadís* y su secuela, *La Celestina*, la *Cárcel de amor* y la poesía amorosa profana. Otros autores adoptan una actitud algo menos extrema. Juan de Valdés hace más distinciones: en el *Diálogo de la lengua* (cf. más adelante, págs. 51-53) ataca también las novelas de caballería, aunque poniendo buen cuidado a lo largo de sus comentarios en distinguir entre buenas y malas. Su criterio es la verosimilitud o credibilidad: “los que escriben mentiras las deben escribir de suerte que se lleguen cuanto fuere posible a la verdad, de tal manera que puedan vender sus mentiras por verdades”.

La vasta influencia literaria de Erasmo en la Europa del siglo xvi apuntaba a lo ejemplar, lo moralmente provechoso, lo verosímil (o al menos lo más ajustado posible a la realidad). Las tendencias de su tiempo iban encaminadas de todos modos en la misma dirección. La verosimilitud fue un concepto de creciente importancia durante todo el período, debido en gran parte al redescubrimiento de la *Poética* de Aristóteles en el siglo xv en Italia (se publicó una traducción latina en 1498) y a la extensa serie de comentarios de los teóricos literarios del xvi acerca de esta obra. Tampoco fue Erasmo quien suscitó el deseo de que la literatura fuera provechosa. El interés humanista por la literatura clásica comprendía también el provecho moral que podía extraerse de ella. Al igual que en materias doctrinales, Erasmo era el más lúcido exponente de un gran cuerpo de opinión ya existente: no inventó todo lo que expresaba.

No obstante, es innegable que Erasmo dió un fuerte aunque difícilmente calculable ímpetu al movimiento. En un terreno en particular —la compilación de proverbios, apotegmas y misceláneas de toda suerte—, la influencia y ejemplo de Erasmo habían de tener una innumerable progenie. En 1500 publicó su primera

colección de proverbios, *Adagiorum Collectanea*, seguida luego de otra más extensa, *Adagiorum Chiliades* (primera edición en 1508) que tuvo muchas ediciones, cada una de ellas más amplia que la precedente. Cada adagio iba acompañado de un ensayo expositivo. Los adagios interesaban a Erasmo no sólo como modelos estilísticos sino también como compendios del saber acumulado del pasado. A estos libros se añadió en 1531 la colección de apotegmas de Erasmo (que compuso a imitación de Plutarco). Ambos tipos de libros alimentaron la insaciable sed de información diversa de toda clase de materias, entonces en auge en Europa, que las misceláneas enciclopédicas (también imitadas de los modelos clásicos, como las *Noches áticas* de Aulio Gelio y la colección de *memorabilia* de Valerio Máximo) trataban de saclar de un modo más directo. También España tuvo sus representantes en todos estos campos.

Aunque en España el interés por los proverbios había precedido a Erasmo (ya el marqués de Santillana los había recogido), su ejemplo estimuló aquel interés y durante el siglo XVI apareció un buen número de colecciones. La mayor y más conocida de ellas es *La filosofía vulgar* (Sevilla, 1568) del humanista Juan de Mal Lara (1524-1571), un discípulo de Hernán Núñez (?1475?-1553), conocido como "el comendador griego" por su fama como estudioso de la lengua griega, del que se publicó una colección en 1555 (Salamanca). Erasmo había tomado sus adagios de los clásicos; sus imitadores españoles lo hicieron de la gente que los rodeaba. Mal Lara publicó un millar de ellos en su "Primera parte" (no llegaría a escribir ninguna otra), todos clasificados y con su nota introductoria, imitando a Erasmo, rica en anécdotas y preceptos. En el preámbulo habla del tema que le ocupa con una reverencia impresionante:

Es grande maravilla, que se acaben los superbos edificios, las populosas ciudades, las bárbaras pirámides, los más poderosos reinos, y que la Filosofía vulgar [i.e., proverbios] siempre tenga su reino dividido en todas las provincias del mundo.

El valor, general en su tiempo, que Mal Lara concedía a estos humildes dichos se advierte en estas palabras:

Los refranes aprovechan para el ornato de nuestra lengua y escritura. Son como piedras preciosas salteadas por las ropas de gran precio, que arrebatan los ojos con sus lumbres, y la disposición da a los oyentes gran contento, y como son de notar, quédanse en la memoria. Entiéndense muchas cosas de la lección de los refranes, hay grande erudición en ellos, sabiéndolos sacar, y glosándose de la manera que yo tengo hecho, y así aprovecharán tanto, que el mismo provecho dará testimonio de mi trabajo para utilidad de todos.

(pág. 92)

Cantidad de sentencias fueron recogidas por Melchor de Santa Cruz en su *Floresta española de apothegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas de algunos españoles* (Toledo, 1574) y por Juan Rufo en *Las seiscientas apotegmas* (Toledo, 1596). Erasmo recurría a la literatura clásica; las sentencias de estos libros son modernas y españolas. Este tipo de temas han perdido gran parte de su sabor original; algo del atractivo que tenían en el siglo XVI puede apreciarse en el "Discurso" con que fray Basilio de León introducía el libro de Juan Rufo:

Llegó a mis manos, antes que se imprimiese, el libro de Las Apotegmas del Jurado Juan Rufo, con el cual verdaderamente me juzgué rico, pues lo que enriquece al entendimiento es del hombre riqueza verdadera [...] Allégase a esto la agudeza de los dichos, el sentido y la gravedad que tienen, la filosofía y el particular discurso que descubren.

España produjo también gran número de misceláneas, la primera de las cuales iba a convertirse en uno de los libros más leídos de Europa, la *Silva de varia lección* (Sevilla, 1540), de Pedro Mexía (o Pedro Mejía), una extensa obra que en ciento veintisiete capítulos (a los que Mejía añadió veintidós más en ediciones posteriores) trata de muy diversas materias: historia anti-

gua y moderna, orígenes y propiedades de las cosas, curiosidades de la naturaleza, invenciones, relatos de muertes famosas, disquisiciones sobre debates de la época (por qué los hombres vivían más antaño, la verdad sobre tritones, por qué la vista es el sentido más noble junto con una enumeración de ciegos famosos), así como cualquier otro tema que Mejía, recurriendo tanto a compilaciones previas como a fuentes originales, juzgaba de interés para sus contemporáneos. Y no andaba equivocado: se hicieron treinta y tres ediciones del libro en los siglos XVI y XVII. En 1552 apareció una traducción francesa, que también se reimprimió varias veces; en 1556 se publicó una traducción italiana; y en 1576, a partir de la edición francesa, se tradujo al inglés. El libro indudablemente respondía a la curiosidad y a la sed de saber de la Europa renacentista, y Mejía estaba seguro de que, manteniendo los capítulos cortos y evitando un orden sistemático (“[...] hame parecido escrebir este libro así por discursos y capítulos de diversos propósitos, sin perseverar ni guardar orden en ellos, y por esto le puse por nombre *Silva*, porque en las selvas y bosques están las plantas y árboles sin orden ni regla [...]”), atraería a la clase de lector inconstante que sólo quería picotear para distraerse y quedarse satisfecho con la ilusión de haberse alimentado. Otra miscelánea parecida es la de Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570), compuesta en forma de diálogo y menos variada que el libro de Mejía. Esta obra también disfrutó de una amplia difusión en Europa.

El diálogo o coloquio tuvo asimismo gran aceptación en la Europa del siglo XVI, especialmente debido una vez más al ejemplo de Erasmo. Mejía publicó un volumen de *Diálogos* (Sevilla, 1547) que tocaban, bastante insípidamente, una miscelánea de temas naturales y sociales. Los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luxán (o Luján) (Sevilla, 1550), que trataban del matrimonio, la maternidad y otros temas afines, son mucho más animados, como los *Coloquios satíricos* de Torquemada (publicados en Mondoñedo en 1553) sobre diversos abusos y vicios sociales. La tarea educativa de Erasmo tuvo dignos sucesores en Luján y

Torquemada, que como él tratan de temas serios, con gravedad o ligereza según los casos, pero siempre con amenidad.

El ingenuo espíritu humanista que la miscelánea representa lo hallaremos de nuevo en una de las figuras más celebradas de las letras españolas del siglo XVI, fray Antonio de Guevara (?1480?-1545), cuyas abundantes obras resultan tan atractivas como irritantes.*

Guevara era el hijo menor de una de las ramas de la antigua y noble familia de Guevara (él mismo en una de sus epístolas se precia de que "primero hubo condes en Guevara que no reyes en Castilla"; I, 10). Se educó en la Corte de los Reyes Católicos y sirvió como paje al príncipe don Juan hasta la muerte de éste en 1497. En 1504, quizá debido a la muerte de su protector, su tío don Ladrón de Guevara, el joven Guevara se retiró del mundo para ingresar en la orden franciscana. Volvió a la Corte en 1521 como predicador de la Corte; en 1526 ocupaba el cargo de cronista real; en 1528 fue nombrado obispo de Guadix, y en 1537 obispo de Mondoñedo (obispados ambos poco lucrativos). Parece ser que Guevara fue activo y consciente en sus obligaciones pastorales; a pesar de ser hombre de mundo, su piedad es incuestionable. Pero Guevara no era contemplativo por naturaleza. Era tan cortesano como fraile, y sin duda compartía el espíritu guerrero del momento cuando acompañó al Emperador en la expedición a Túnez en 1535. Tenía una cultura respetable: sus obras revelan una lectura extensa de los clásicos, y el tono arrogante de sus escritos indica que se enorgullecía de su reputación de erudito tanto como de la de hombre de letras.

Guevara era en muchos aspectos un excéntrico de las letras, pero llegó a adquirir, y aun a mantener durante largo tiempo, una fama no sólo nacional sino también europea. Su obra es muy variada y en ello reside buena parte del secreto de su popularidad. El conjunto de sus libros tiene en realidad el carácter de una vasta miscelánea, atiborrada de información curiosa (gran parte de ella inventada por el propio Guevara), embelleciendo narraciones y *sententiae* de los autores antiguos, consejos, preceptos y ejemplos que abarcan un amplio repertorio de experiencias hu-

manas, todo ello en un estilo cuya afectada artificiosidad mantuvo a varias generaciones de lectores fascinados por los siempre ocurrentes discursos y homilias de Guevara.

La primera obra de Guevara fue el *Libro áureo de Marco Aurelio*, comenzado en 1518 y publicado por primera vez, anónimo y sin permiso del autor, en 1528 (Sevilla). Esta historia totalmente imaginaria de Marco Aurelio (que Guevara afirmaba en su prólogo no haber inventado, sino traducido de un manuscrito griego recientemente descubierto por él en la biblioteca florentina de Cosme de Médicis) fue luego agregada al harto extenso *Libro llamado reloj de príncipes, en el cual va incorporado el muy famoso libro de Marco Aurelio* (Valladolid, 1529). El *Libro áureo* es una miscelánea de anécdotas y dichos sentenciosos entretejidos entorno a la figura de Marco Aurelio. La obra tiene un marcado carácter didáctico, pero Guevara, llevado de su imaginación, llegó hasta el extremo de atribuir a Marco Aurelio unas nada edificantes cartas amatorias ("cartas de amor" parece un término demasiado íntimo para estos trabajos retóricos) dirigidas a diversas mujeres de Roma, ofreciendo así una imagen muy distinta del grave filósofo estoico reverenciado por la Europa renacentista. Guevara suprimió estas cartas en el *Reloj de príncipes*, aunque continuaron apareciendo en las ediciones independientes del *Libro áureo*. Las cartas debieron contribuir bastante a la popularidad de la obra, que a veces adquiere características de novela histórica.

El *Reloj de príncipes* es un libro que tiene como objeto la formación de los príncipes y de los hombres en general. Se divide en varias partes, entre las cuales se distribuye el contenido del *Libro áureo*. La obra alcanzó en seguida un inmenso éxito: habrían de aparecer por lo menos veinticinco ediciones del *Libro áureo* y dieciséis del *Reloj* en español, y cincuenta y ocho en francés, italiano, inglés, alemán y latín. De hecho, fue esta una de las obras más leídas de su siglo. No hace falta ir muy lejos para comprender la razón de semejante éxito: Guevara ofrecía una variada erudición unida a una audaz (para algunos, desvergonzada) y entretenida invención, todo ello presidido por un pro-

pósito moralizante. Si bien la sabiduría de Guevara no llega a superar el mero sentido común, su misma trivialidad refleja el espíritu de la época. El repetido elogio de la paz y su insistente apremio a los príncipes para que recuerden su deber cristiano de preservarla; el recuerdo del callado paso del tiempo; sus exhortaciones a renunciar a las tentaciones del mundo, etc., eran todos ellos temas que, aunque no llegaran a satisfacer las exigencias de las mentes más sutiles de su época, los espíritus menos refinados (que constituían la mayoría de los lectores) consideraban edificantes. En ocasiones el tópico reviste ropajes antiguos: "todos los tiranos mueren algún día" leemos, por ejemplo, y esta reflexión consoladora parece adquirir la dignidad de la perenne sabiduría cuando Marco Aurelio la lee en la casi desgastada inscripción de la tumba del tirano Periandro. La conquista es cruel, y la rapacidad, injusta; estas verdades (tan pertinentes, por otra parte, en el debate de la época sobre la conquista de América) debieron parecer más profundamente significativas al lector del siglo XVI cuando las exponía ante el Senado romano el Villano del Danubio, cuya entrada es descrita por Marco Aurelio como sigue:

En el año primero que fui Cónsul, vino un pobre payés de las riberas del Danubio a pedir justicia al Senado contra un censor que hacía muchos desafueros en su pueblo. Él tenía la cara pequeña, los labios grandes, los ojos hundidos, el cabello erizado, la cabeza sin bonete, los zapatos de un cuero de un puerco espín, el sayo de pelos de cabra, la cinta de juncos marinos, y un acebuche en la mano. Fue cosa de ver su persona, y monstruosa de oír su plática. Por cierto, cuando le vi entrar en el Senado, pensé que era algún animal en figura de hombre, y de que le oí, le juzgué ser uno de los dioses, si dioses hay entre hombres⁸.

(pág. 119)

El episodio en cuestión es uno de los más hábiles que inventó Guevara, y durante largo tiempo muchos estuvieron convencidos

8. *Libro áureo*, ed. Foulché-Delbosc, RH, 1929.

de que Guevara lo había extraído de algún texto clásico auténtico. La antigüedad descrita por Guevara en este libro también tiene mucho de invención, pero incluso una antigüedad inventada servía al propósito que el autor compartía con los humanistas serios de su tiempo: mostrar que, como la sabiduría es una sola, los clásicos no son incompatibles con la revelación cristiana y que estudiándolos se aprende un saber tanto más laudable cuanto que no había sido ayudado por la revelación. En el argumento Guevara escribía:

La ignorancia de los antiguos no fue sino una guía para acertar nosotros; y porque ellos erraron entonces, hallamos el camino nosotros después. Y para más gloria suya y mayor infamia nuestra, digo que si los que somos agora fuéramos entonces, supiéramos menos que supieron; y si los que fueron entonces fueran agora, sabrían más que sabemos. Parece esto ser verdad: porque aquellos sabios, con su diligencia, de las veredas y sendas cerradas hicieron caminos, y nosotros, con pereza, de las carreras llanas y caminos abiertos hacemos prados.

(pág. 17)

Pasaron diez años antes de que Guevara volviera a publicar. La mayor parte de sus restantes obras aparecieron juntas en 1539 (Valladolid): *Una década de las vidas de los X Césares*, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, *Aviso de privados y doctrina de cortesanos*, *Libro de los inventores del arte de marear y de muchos trabajos que se pasan en las galeras*, y las *Epístolas familiares* (de las que apareció una segunda serie en 1541). La *Década* está basada en material extraído de fuentes antiguas, pero muy retocado y adornado por Guevara. Una vez más inventó libremente. El libro se leyó mucho, aunque no disfrutó del mismo éxito que otras de sus obras y, desde luego, no tanto como sus *Epístolas*, cuya popularidad en toda Europa durante los siglos XVI y XVII compitió con la del *Libro áureo*.

Las *Epístolas familiares* (que suman ciento doce aunque no son verdaderas epístolas todas ellas) contaban con pocos precedentes en español; sólo las epístolas de Hernando del Pulgar se pa-

recen a las de Guevara en algún aspecto importante. Las *Epístolas familiares* abarcan un amplio repertorio de temas: historia antigua, inscripciones, el amor, el matrimonio, la vejez, el gobierno, meretrices famosas, las Sagradas Escrituras, etc.; y constituyen en realidad una miscelánea más, que también contiene la mezcla de erudición y falsificación que caracteriza la obra de Guevara. Resulta ahora imposible decidir cuántas de las epístolas fueron enviadas como verdaderas cartas y cuántas compuestas como ejercicios literarios. Muchas de ellas parecen tener cierto aire de autenticidad (aunque éste es un criterio bastante falible); pero de todos modos, su valor para el estudioso de la literatura no reside en su autenticidad sino en el interés intrínseco, que nos las hace más vivas que ninguna otra obra de Guevara. El libro tiene sus momentos de tedio y las descaradas invenciones de Guevara cansan al lector más benévolo; pero a lo largo de toda la obra sobresale constantemente la personalidad del autor: orgulloso hasta rayar en la arrogancia, vano, gérulo, siempre lleno de no pedidos consejos, muy leído aunque sin la conciencia de un verdadero erudito, e interesado en todo. Por su variedad e ilación las epístolas tienen un cierto carácter de ensayo: precisamente formaron parte de las lecturas de Montaigne, cuyos *Essais* proceden de las misceláneas del siglo xvi. Las epístolas de Guevara gozaron en Europa de la misma fama que sus demás obras, y se publicaron casi tan frecuentemente en traducción francesa, inglesa o italiana como en español.

Las epístolas que tratan de asuntos públicos, como las dirigidas al obispo de Zamora, Juan de Padilla, y a María de Padilla, jefes de los Comuneros (así como la arenga que Guevara dirigió a los comuneros en Villabraxima), tienen gran interés histórico, fueran o no escritas y enviadas en la forma en que Guevara las publica. Las epístolas que difunden su variada y a veces fraudulenta erudición tienen a menudo el atractivo de lo excéntrico cuando su vanidoso autor se pavonea ante nosotros. No obstante, para la mayoría de los lectores modernos las epístolas más atractivas son sin duda las más realistas, aquellas en las que Guevara describe y comenta la vida cotidiana. En una carta en la que

reprende al gobernador Luis Bravo por enamorarse siendo ya viejo, Guevara escribe con severidad:

A tal edad como la vuestra, falso testimonio os levantáis en decir que padecéis dolor y morís de amores, porque a los semejantes viejos que vos no los llamamos requebrados, sino resquebrajados; no enamorados, sino malhadados; no servidores de damas, sino pobladores de sepulturas; no de los que regocijan al mundo, sino de los que ya pierden el seso [...]

En tal edad como la vuestra, no sois ya para pintar motes, tañer guitarras, escalar paredes, aguardar cantones, y ruar calles; como sea verdad que las mujeres vanas y mundanas no se contentan con ser solamente servidas y pagadas en secreto, sino que también quieren ser recuestadas y festejadas en lo público.

En tal edad como la vuestra, no se sufre traer zapatos picados de seda, media gorra toledana, sayo corto hasta la rodilla, polainas labradas a la muñeca, gorjal de aljófara a la garganta, medalla de oro en la cabeza y de las colores de su amiga la librea [...]⁹

(I, 220)

Sigue a esta otra carta al desafortunado gobernador en la que le alecciona sobre el comportamiento propio de un caballero de sesenta y cuatro años de edad. Es evidente que la primera carta surgió efecto:

Muy noble señor y enamorado caballero:

En las palabras de vuestra carta conocí cuán presto llegó a vuestro corazón el tósico de mi letra, y huelgo mucho de haberos tirado con tan buena yerba que abastó para os derrocar y no para haceros caer [...]. Decís, señor, que a la hora que leístes mi carta quemastes la empresa de vuestra enamorada, rasgastes las cartas de amores, despedistes el paje de los mensajes, quitastes la habla a vuestra amiga y distes finiquito a la alcahueta.

(I, 224-225)

9. *Epistolae familiares*, ed. J. M. de Cossío, I, Madrid, 1950, págs. 220-221.

Los consejos juiciosos de Guevara se reducen a esto: que en un viejo debe buscarse limpieza, calor, tranquilidad y contentamiento.

Sea, pues, la conclusión: que los viejos de vuestra edad deben mucho trabajar de traer la ropa no grasienta, la camisa bien lavada, la casa tener barrida y la cama que esté muy limpia; porque el hombre que es viejo y presume de cuerdo, si quiere vivir sano y andar contento, ha de tener el cuerpo sin piojos y el corazón sin enojos.

(I, 230-231)

En otra epístola aconseja y amonesta a un matrimonio excesivamente joven. El tono que emplea no puede ser menos romántico:

Las propiedades de la mujer casada son que tenga gravedad para salir fuera, cordura para gobernar la casa, paciencia para sufrir el marido, amor para criar los hijos, afabilidad para con los vecinos, diligencia para guardar la hacienda, cumplida en cosas de honra, amiga de honesta compañía y muy enemiga de liviandades de moza. Las propiedades del hombre casado son que sea reposado en el hablar, manso en la conversación, fiel en lo que se le confiare [...]

(I, 364)

Su largo y en general sabio consejo se anima con vívidas descripciones, como la de la mujer indómita o la del marido dominante. En sus descripciones de los conflictos domésticos escribe con regodeo de célibe:

La mujer brava es muy peligrosa, porque embravece al marido, escandaliza a los deudos, es malquiستا de los cuñados y huyen de ella los vecinos; de lo cual se sigue que algunas veces el marido le mide el cuerpo con los pies y le peina el cabello con los dedos. A una mujer furiosa y rencillosa, por una parte, es pasatiempo oírle reñir, y por otra parte, es espanto de ver lo que se deja decir, porque si se toma con ella una procesión de gentes, ella les dirá una letanía de injurias. Al marido dice que es descuidado; a los mozos que son perezosos; a las mozas que son sucias [...]

(I, 375)

Es posible que Guevara esté reprobando aquí la idea "romántica" de la mujer que daban las novelas de su tiempo (sabemos que lamentaba las falsificaciones de la literatura: denunció el *Amadís* y otras obras del mismo género en su *Aviso de privados*).

Otro de los libros de Guevara que le dieron fama en toda Europa apareció también en 1539: *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, obra más sencilla que las arriba mencionadas y cuyo mismo título define claramente su tema. En ella Guevara denuncia la Corte en términos tradicionales, siguiendo probablemente, entre otros modelos, el libro de Eneas Silvio *De curialium miseriis*. Su elogio de la vida del campo es enteramente prosaico y vulgar: la vida en la aldea es más cómoda y sana, la comida es más barata y mejor, y el hombre no está rodeado de aduladores y murmuradores. Aunque también recomienda la vida de la aldea por sus virtudes, se hace más hincapié en las comodidades del hogar:

El que mora en el aldea toma también muy gran gusto en gozar la brasa de las cepas, en escalentarse a la llama de los manojos, en hacer una tinada dellos, en comer de las uvas tempranas, en hacer arrope para casa, en colgar uvas para el invierno, en echar orujo a las palomas, en hacer una aguapié para los mozos, en guardar una tinaja aparte, en añejar alguna cuba de añejo, en presentar un cuero al amigo, en vender muy bien una cuba, en beber de su propia bodega, y sobre todo en no echar mano a la bolsa para enviar por vino a la taberna¹⁰.

(pág. 72)

Más adelante elogia la despreocupación y libertad en el vestir:

Es privilegio de aldea que cada vecino se pueda andar no solamente solo, mas aun sin capa y sin manteo, es a saber, una varilla en la mano, o puestos los pulgares en la cinta o vueltas las manos atrás. No pequeña sino grande es la libertad del aldea, en que si uno no quiere traer calzas, trae zaragüelles;

10. *Menosprecio [...]*, ed. M. Martínez de Burgos, CC, 29, Madrid; mis citas pertenecen a la ed. de 1952, pág. 72.

si no quiere traer capa, ándase en cuerpo; si le congoja el jubón, afloja las aguejetas! [etc.]

(págs. 74-75)

A veces su retórica puede parecernos hueca, pero tiene momentos de emoción sincera, como cuando enumera la gran variedad de aves y otros animales comestibles:

El que mora en la aldea come palominos de verano, pichones caseros, tórtolas de jaula, palomas de encina, pollos de enero, patos de mayo, lavancos de río, lechones de medio mes, gazapos de julio, capones cebados, ansarones de pan, gallinas de cabe el gallo, liebres de dehesa, conejos de zarzal, perdigones de rastrojo, peñatas de lazo, codornices de reclamo, mirlas de baya y zorzales de vendimia. O no una, sino dos y tres veces gloriosa vida de aldea, pues los moradores della tienen cabritos para comer, ovejas para cecinar, [etc., etc.]

(pág. 89)

Las demás obras de Guevara no alcanzaron la misma popularidad. El *Aviso de privados* es una obra de carácter práctico, que aconseja los méritos y maneras que gozan de favor en la Corte. Se trata de un trabajo monótono, concebido con miras más estrechas que, por ejemplo, *Il cortegiano* de Castiglione. El *Libro de los inventores del arte de marear* es igualmente práctico, constituyendo en su mayor parte un relato, extraído de las experiencias del mismo Guevara, de las condiciones de la vida en el mar y de cómo viajar cómodamente en barco. Para ello no escatima detalles realistas:

Es privilegio de galera, que las camas que allí se hicieren para los pasajeros y remeros no tengan pies ni cabeza señalados, sino que se echen a do pudiesen y cupieren, y no como quisieren, es a saber, que a do una noche tuvieron los pies, tengan otra la cabeza: y si por haber merendado castañas o haber cenado rábanos el compañero se le soltase algún (ya me entendéis), has de hacer cuenta, hermano, que lo soñaste, y no decir que lo oíste.

Es privilegio de galera que todas las pulgas que saltan por las tablas, y todos los piojos que se crían en las costuras, y todas las chinches que están en los resquicios, sean comunes a todos, anden entre todos, y se repartan por todos, y se mantengan entre todos; y si alguno apelare deste privilegio, presumiendo de muy limpio y polido, desde agora le profetizo que si echa la mano al pescuezo y a la barjuleta, halle en el jubón más piojos que en la bolsa dineros¹¹.

El libro es informativo y chispeante: posiblemente es la obra más animada del autor.

Los dos últimos libros de Guevara son exclusivamente religiosos: el *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos* (Valladolid, 1542) y el *Monte Calvario* (la primera parte publicada en Salamanca en 1542 y la segunda en 1549). Ambas alcanzaron gran aceptación: el *Oratorio* fue impreso once veces en los siglos XVI y XVII; la primera parte del *Monte Calvario* dieciocho y la segunda nueve.

Los libros de Guevara debieron gran parte de su éxito al marcado ritmo ciceroniano de su estilo. En cada una de sus páginas hallamos acumulaciones retóricas de palabras y frases, bien equilibradas antítesis y cadencias finales (isocolon) además de cadencias rimadas. He aquí un ejemplo de acumulación y de acompañada cadencia final:

[...] puercos para salar, lanas para vestir, yeguas para criar, muletas para emponer, leche para comer, quesos para guardar; finalmente, tienen potros cerriles que vender en la feria y terneras gruesas que matar en las Pascuas.

(*Menosprecio*, pág. 89)

En este otro ejemplo encontramos esa cadencia embellecida por la asonancia:

Débase también mucho apartar de los hombres viciosos, hol-

11. Cito por la edición de R. O. Jones, *Exeter Hispanic Texts*, II, Exeter, 1972, pág. 33.

gazanes, mentirosos y maliciosos, de los cuales suelen estar los pueblos pequeños muy llenos; porque si las cortes de los príncipes están llenas de envidias, también en las aldeas hay muchas malicias.

(*Menosprecio*, pág. 63)

A menudo Guevara se deja llevar de su verbosidad y sus enumeraciones resultan disparatadas. Una de sus muletillas, el uso mecánico de "aun" para redondear un período, resulta particularmente enojoso.

O cuánto es honrado un bueno en una aldea, a do a porfía le presenta las guindas el que tiene guindalera, [...] truchas el que tiene red, besugos quien va al mercado y aun hojaldres quien amasa el sábado.

(*Menosprecio*, pág. 90)

No obstante, éstos son casos extremos; y, aunque el estilo de Guevara adolece siempre de cierta afectación, su lectura es normalmente más agradable. Innumerables eran sus contemporáneos, dentro y fuera de España, que lo leyeron con placer.

Pero su obra no gozó de la misma aceptación entre todos sus contemporáneos. Uno de ellos, Pedro de Rhúa, escribió indignado unas cartas de reproche a Guevara a partir de 1540, y más tarde, llevado de la exasperación, dió a la imprenta las *Cartas de Rhúa lector en Soria sobre las obras del Reverendisimo señor Obispo de Mondoñedo dirigidas al mesmo* (Burgos, 1549). Pedro de Rhúa, evidentemente un humanista de saber considerable, censura a Guevara tanto por su estilo como por su invención de falsas autoridades en sus epístolas y obras históricas. Empieza con bastante suavidad, pretendiendo ser portavoz de la opinión de otros acerca del estilo de Guevara y de su insistentemente manifestado orgullo de casta:

[...] unos la copia llamaban lujuria o lozanía de palabras; otros al ornato notaban por afectación; otros, los matices de las figuras, como son contenciones, distribuciones, exposiciones, repeticiones, artículos, miembros, contrarios, y los otros pri-

mores del bien hablar de que muy a menudo usa Vuestra Señoría, les parecían ejemplos de quien lee los preejercitamentos de Aftonio o el cuarto de la retórica *ad Herennium*; otros decían que tan frecuentes figuras acedaban toda la oración. A unos les era odiosa la muy repetida conmemoración de su noble y antigua prosapia como arrogancia [...]

(f. 4v)

En una carta posterior Rhúa ataca su alarde de quimérica erudición:

Escrebí a Vuestra Señoría que entre otras cosas que en sus obras culpaban los lectores es una la más fea e intolerable que puede caer en escritor de autoridad, como Vuestra Señoría lo es: y es que da fábulas por historias y ficciones propias por narraciones ajenas; y alega autores que no lo dicen, o lo dicen de otra manera, o son tales que no los hallarán sino *in afanis* [...] y el lector, si es idiota es engañado, y si es diligente pierde el tiempo [...]

(f. 57v)

La réplica de Guevara a estas acusaciones no revela ningún desconcierto por su parte.

[...] son muy pocas las cosas que ha notado en mis obrillas y serán sus avisos para remirar lo hecho y enmendar lo venidero. Como, señor, sabéis, son tan varios los escritores en esta arte de humanidad que fuera de las letras divinas no hay que afirmar ni que negar en ninguna dellas; y para decir la verdad, a muy pocas dellas creo más de tomar en ellas un pasatiempo [...] No haga vuestra merced hincapié en historias gentiles y profanas, pues no tenemos más certinidad que digan verdad unos que otros [...]

(f. 54r)

Es difícil saber a qué atenerse respecto a la personalidad de Guevara. Era indudablemente hombre piadoso y tanto su vida como sus obras lo atestiguan, a pesar de lo cual no le daba reparo mentir (sus invenciones no pueden llamarse de otra forma). Po-

seía una considerable erudición, pero no la conciencia de erudito que debería presidirla. ¿Hemos de considerar sus aberraciones como una muestra de sentido del humor? Esta consideración resulta por lo menos tan satisfactoria como el alegato de que Guevara, al ser hijo menor y estarle por tanto vedado el acceso a la gloria y a las riquezas, intentaba compensar sus desengaños escribiendo.

Su obrar y su escribir serán en adelante un esfuerzo continuo para llenar la vasta oquedad de su aspiración, buscando en las letras lo que otros alcanzaban con las armas, la riqueza y el poderío [...] ¹²

Su estilo hueco y su aire de omnisciencia revelan ciertamente un espíritu altivo; pero si realmente deseaba poder, gloria militar o riquezas, no había nada que le impidiera unirse a los muchos segundones que embarcaban para América; y la Iglesia no era mal medio para conseguir poder e incluso dinero para el que estuviera dispuesto a explotarlo. Especular sobre los sueños y frustraciones secretas de Guevara no conduce a nada. Lo que salta a la vista es su determinación a triunfar como hombre de letras; y si tenemos en cuenta que, exceptuando algunos casos notables, los hombres de su clase no concedían gran importancia a las letras, la pedantería de Guevara puede entonces aparecer como una reafirmación de la dignidad de las letras frente a la opinión de una mayoría ignara. Al imaginar el círculo cortesano de Guevara, deberíamos excluir a hombres como Garcilaso de la Vega: una figura como la de Alonso Enríquez de Guzmán es probablemente mucho más representativa. En sus entretenidas memorias se revela su obsesión por tres cosas: linaje, honores y dinero. Cita algunos fragmentos de latín, un verso de Boscán, y algunos malos versos suyos; pero es obvio que la literatura y el saber no representaron mucho en su vida. Ante hombres como éste la actitud de Guevara se hace más comprensible. En una sociedad que todavía tenía en mayor estima las armas que las

12. A. Castro, *Semblanzas y estudios españoles*, Princeton, 1956, pág. 55.

letras, Guevara declaraba su postura personal con estas palabras:

[...] mas yo loo y nunca acabaré de loar, no a los que hallaron armas para emprender guerra, sino a los que buscaron letras para deprender ciencia. ¡Cuánta diferencia vaya de mojar la péñola en la tinta a teñir la lanza en la sangre, y de estar rodeado de libros o estar cargado de armas, de estudiar cómo cada uno ha de vivir o andar a saltear en la guerra para a su prójimo matar!

No hay ninguno de tan vano juicio que no loe más los ejercicios de la ciencia que no los bullicios de la guerra, porque, al fin fin, el que deprende cosas de guerras no deprende sino cómo a los otros ha de matar y el que deprende ciencia no deprende sino cómo él y los otros han de vivir¹³.

Probablemente Rhúa no era el único molesto por las maneras altivas de Guevara. El importante grupo erasmista que abogaba por la verdad en la literatura y por la sencillez de estilo, debió compartir la irritación de Rhúa, ya que Guevara los ofendió probablemente tanto por su estilo como por su frivolidad (por no mencionar sus mentiras). Erasmo preconizaba un estilo claro y sencillo y se oponía a las florituras ciceronianas que imitaban algunos humanistas; de lo primero dio un magnífico ejemplo en sus propios escritos, pero, además, no contento con una actitud pasiva, satirizó también lo segundo en su diálogo *Ciceronianus*. Los momentos más floridos del estilo de Guevara no son más que una parodia de Cicerón; pero en ellos se advierte una ingenua ambición de emular al más reverenciado de los estilistas latinos. No parece que en España se diera una guerra abierta entre partidarios y detractores del estilo ciceroniano, como la hubo en otros países, aunque sin duda el antagonismo existía. Guevara podría representar la primera de estas posturas; el ideal literario erasmista debe buscarse en el *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, que se escribió probablemente en 1535 (aunque no se imprimió hasta 1736)¹⁴.

13. *Reloj de príncipes*, ed. A. Rosenblat, Madrid, 1936, pág. 109.

14. Ed. Montesinos, CC, 86, Madrid; las citas son de la ed. de 1946.

Valdés defiende la moralidad y la verosimilitud en la narración y la sencillez de estilo.

El estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escribo como hablo, solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígo lo cuanto más llanamente me es posible, porque a mi parecer en ninguna lengua está bien el afetación.

(pág. 154)

Todo lo que dice acerca del estilo es en realidad ampliación de esta doctrina central, que aplica tanto a la poesía como a la prosa.

Por buenas [coplas] tengo las que tienen buena y clara sentencia, buenos vocablos, acomodados a ella, buen estilo, sin superfluidad de estilo [...]

(pág. 166)

Recorre a los refranes como ejemplo de buen estilo, basándose en que el genio del castellano es vulgar. Uno de sus interlocutores, Pacheco, lo interrumpe entusiasmado para decir que él ha pensado a menudo en hacer una compilación de refranes españoles

como uno que diz que Erasmo ha hecho en la latina, alegando todos los refranes que hallase y declarándolos lo menos mal que supiese, porque he pensado que en ello haría un señalado servicio a la lengua castellana.

(pág. 15)

Cuando se le pregunta si aprueba que se escriba "l'arca", "l'alma", etcétera, Valdés replica:

No me parecería mal si se usase, pero como no se usa yo por mí no lo osaría decir ni escribir.

(pág. 45)

El erasmista Valdés abogaba por la experiencia personal en lo tocante a la religión, siempre presidida por el sentido común. En lo concerniente a la lengua encontramos que expresa una doctrina

análoga: le sirve como criterio no un libro con todas sus artificiosidades de estilo, sino ejemplos del castellano hablado. La obra de Valdés, religiosa y literaria, es en su conjunto producto de un espíritu delicadamente empírico e inquebrantablemente independiente al mismo tiempo.

Su propio estilo tiene toda la vivacidad del buen castellano coloquial. Cuando los demás interlocutores, que están discutiendo sobre el estilo, llegan a Valdés, uno de ellos exclama:

Pues habemos cogido y prendado a Valdés, aun no le dejemos de ninguna manera sin que primero le examinemos hasta el postrer pelo.

(pág. 18)

Valdés acepta sus preguntas de buen grado:

Ora sus, vedme aquí más obediente que un fraile descalzo cuando es convidado para algún banquete.

(pág. 20)

Y más adelante:

Asperáos un poco, que aún os queda la cola por desollar.

(pág. 192)

Se ha hecho referencia antes a don Alonso Enríquez de Guzmán. Su presencia nos sirve para recordar que el Renacimiento en España (como en todas partes, con la posible excepción de Italia) no tuvo en la sociedad más que un efecto superficial. ¿Cómo no había de ser así en una sociedad de clérigos, campesinos y guerreros? Enríquez de Guzmán no mostraba un especial interés por la literatura o el saber. Era piadoso, pero su piedad no conformaba su vida; los erasmistas españoles pertenecían a otro universo moral, que Enríquez de Guzmán no parece haber vislumbrado siquiera. Sentía una apasionada preocupación por su honor y, sin embargo, no encontraba nada deshonoroso en el robo cuando no tenía dinero. El relato de su azarosa y violenta carre-

ra en España, Flandes y Perú nos ofrece una visión más profunda de las realidades de su época que todo lo que se estudia como "literatura". Enríquez de Guzmán sirve de advertencia al historiador de la literatura para que no confunda categorías: la literatura trata de la vida, pero no debe confundirse con ella.¹⁵

15. Algunos de los escritos más vigorosos de los Siglos de Oro corresponden a historiadores como (para nombrar sólo unos pocos) Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), *De la natural historia de las Indias* (Toledo, 1526) y *La historia general de las Indias* (Sevilla, 1535); Bernal Díaz del Castillo (1492-1581), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Madrid, 1632); Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), *Guerra de Granada* (Lisboa, 1627); Francisco López de Gómara (1512-¿1572?), *La historia de las Indias y conquista de México* (Zaragoza, 1552); Francisco Cervantes de Salazar (¿1514?-1575), *Crónica de la Nueva España* (inédita hasta la edición de Nueva York, 1914). Pero el enfoque del presente volumen nos impide hacer otra cosa que mencionarlos y recomendárselos al lector que desee explorar terrenos, sin duda de valor literario, pero no insertos en las coordenadas de creación e imaginación que aquí trazamos.